

expresión de escándalo, como quien oyera una blasfemia, una calumnia, la calumnia de que los reyes mueren como los mendigos.

Pero no pudo expresar su enojo, pues no pudiendo mantenerse incorporado, cayó muy luego en la cama, impotente y pesado ya como un cadáver.

—¿Qué quieres decir? balbuceó después.

Quiero decir, señor, que si los reyes no son inmortales, alguna vez ha de llegarles su hora; y en esta hora suprema es obligación del médico advertirlo para que el rey que va á morir se ponga bien con su conciencia.

—¿Bien con mi conciencia?

—Bien con Dios.

—Pero ¿tan malo estoy?

—Pésame tener que decíroslo, señor: tan malo estais.

—¿Es decir que voy á morir?

El médico bajó la vista y guardó silencio.

—Pero ¿pronto? volvió á preguntar el rey.

—Señor, es una crueldad entrar en estos detalles... Básteos saber que estais en inminente peligro.

—Pero viviré siquiera lo que resta de día.

—Puede ser.

—Entonces tengo tiempo para dictar algunas disposiciones. Que venga Danny.

El ministro se presentó.

—Señor...

—Extended inmediatamente la orden de ejecución del duque de Norfolk, y traédmela á la firma sin demora.

—Sir Denny quedó como clavado en su sitio, inmóvil, helado de horror.

—Sin demora, repuso el rey, que estoy en inminente peligro de muerte.

El ministro hizo un gran esfuerzo y huyó impulsado por su mismo horror.

Al salir de la real cámara cambió con el doctor algunas palabras que lo tranquilizaron.

Sin embargo, aun vivía el rey y era preciso obedecer.

Extendió, pues la orden de ejecución del duque y la llevó á la firma del moribundo rey.

El rey, moribundo y todo, firmó.

¡Oh Dios! ¡firmó!

Pero no os asombreis tan pronto, que hay más.

Pasadas algunas horas, y por tanto, mas cerca aun del sepulcro, distinguió entre los circunstancias sir Denny.

—¿La orden? le preguntó.

—Está ejecutada, contestó el ministro de acuerdo con el doctor para salvar la vida del inocente duque.

—Muy bien, repuso el rey.

Y, asombraos ahora, se durmió tranquilamente.

Luego le despertó el hipo de la muerte y en la agonía habló algunas palabras de teología con la reina su esposa, y la despidió sin amor, sin ternura, sin piedad.

Y mandó llamar al arzobispo.

Cuando el prelado llegó estaba al parecer más tranquilo.

—Muere como un justo, dijo el prelado á los palaciegos, que lloraban desconsolados por decirlo así.

El médico le tomó una mano y el prelado otra.

—Señor, gritó este llorando como los palaciegos; señor, apretadme la mano en señal de contrición por vuestras faltas, para que Dios os abra las puertas del cielo... ¡Cómo me la aprieta! añadió. ¡Se ha salvado!

—Mentira, dijo para sí el doctor. Si está ya muerto ¿cómo te ha de apretar mucho ni poco?

Pero ¿quién era este monstruo que mata sin piedad á un inocente en la hora suprema de su misma muerte y muere tranquilamente como un justo, aunque sin apretar mucho ni poco la mano del arzobispo de Cantorbery en señal de contrición?

Dicho se está: era Enrique VIII de Inglaterra.

CECILIO NAVARRO.

DESASTRES

Qué desolación! qué ruina!
 Quedan paredes rotas, montones
 de escombros que el viento hacina;
 de calles y callejones
 no queda ya en la ciudad
 más que algo confuso, inerte,
 en dónde la soledad
 es hermana de la muerte.

En las ruinas, olvidados
 agítanse humanos seres
 con los miembros desgarrados;
 yacen hombres y mujeres
 para no alzarse jamás;
 alguien que herido camina
 logró escurrirse quizás
 por las grietas de la ruina.

Si tu alma está conmovida,
 lector, al fatal aspecto
 de esa población derruida,
 piensa que tú el mismo efecto
 causas muchas veces, cuando,
 sin que ningún bien consigas,
 vas destruyendo y hollando
 pobres ciudades de hormigas.

EL DOCTOR PÉSIMO.